

LAS BODAS DE PLATA DE LA ASOCIACIÓN ARGENTINA DE ESTUDIOS CLÁSICOS

PROF. DR. ALBERTO J. VACCARO
Presidente Honorario de la AADEC

Una tarde, cuando ya el otoño entrante tornasolaba el paisaje con su dorada pátina, bajo un tibio sol que no quería desmentir la reputación de su habitual presencia bajo el cielo mendocino, cuatro profesores de disciplinas clásicas, procedentes de universidades diversas, concibieron la idea, aventurada por entonces, de congregar un cenáculo de amantes del clasicismo greco-latino.

Es posible que unas moderadas libaciones, entre bodega y bodega, entre viñedo y viñedo, hayan ayudado a encender la chispa que, un año y medio más tarde, se extendería, como reguero de pólvora, moviendo a los entusiastas y entusiasmando a los apocados.

Tan dionisiaca partida puso en marcha una compleja organización que forjaron y manejaron con sin par esfuerzo y dedicación, los estudiosos mendocinos, así como los generosos apoyos de gente joven reclutada entre sus aulas.

En los comienzos de mayo de 1970, la capital se pobló de especialistas y estudiosos que hasta entonces vivían en el silencio de los más dispares e increíbles rincones de nuestra geografía. Las universidades, tanto nacionales como privadas, así como los institutos terciarios y los de enseñanza media, impulsaron una incursión de docentes e investigadores de lenguas y literaturas clásicas, de filosofía y historia antiguas, como para demostrar que las llamadas lenguas muertas y sus disciplinas afines no se hallan tan finadas como opinan los que desconocen la cuestión o según intentan imponer los sempiternos y ventajeros enemigos.

Así, en la Facultad de Filosofía y Letras, mudada para entonces al *campus* precordillerano, de la Universidad Nacional de Cuyo, a la vista de los altos picos siempre blancos y no lejos del Cerro de la Gloria, el país, en medio de sus persistentes dificultades, se dio el lujo de celebrar nada menos que un simposio de estudios que no generan riquezas materiales, pero que apuntalan, sin dudas, el desarrollo cultural de una nación que no debiera ser deudora olvidadiza de la herencia milenaria que le aportó el destino.

La singular reunión del Challao, asiento del predio universitario, despertaba los más sorprendentes ecos en el ámbito urbano. Desde el encargado de la playa de estacionamiento, que, enterado por la radio, quería saber en qué consiste un simposio de estudios clásicos, hasta un canal de televisión que quiso informar a mediodía, mediante la presencia de cuatro simposistas, entre aprestos de guitarreros y cantores y noticias de último momento, un diario mendocino, de añeja prosapia, indagaba el grado de necesidad de tales estudios en un país todavía joven y preponderantemente mercantil.

Una pausa en la actividad académica dio lugar a que la propia euforia del acontecimiento avivara en los participantes la idea de fundar la Asociación Argentina de Estudios Clásicos (AADEC), cuyo nacimiento se había malogrado en varios intentos anteriores no bien orientados, porque se habían convocado reuniones

en las que se paraban ideas para encaminar su creación, pero luego nadie se hacía cargo de cumplir lo acordado.

Aproximadamente un año después, una asamblea constituyente reunida en la Universidad Nacional de Córdoba, dictó el estatuto de la Asociación cuyas finalidades serían: "Promover la investigación sobre la Antigüedad clásica en todos sus aspectos (literario, lingüístico, histórico, filológico, arqueológico, etc.), con extensión a las culturas antiguas orientales y a las influencias del mundo clásico en la civilización universal. Colaborar con la actualización de la metodología para la enseñanza de las lenguas clásicas. Contribuir a difundir el interés por el conocimiento más directo de la cultura clásica por medio de actos culturales. Vincular a todos aquellos que trabajan en un mismo dominio del saber, facilitando su intercambio intelectual".

Otro año más tarde, en sesión celebrada en el Collège de France, la AADEC fue incorporada como miembro de la Federación Internacional de Asociaciones de Estudios Clásicos (FIEC), y desde entonces ha participado, por medio de sus representantes estatutarios, en casi todas sus asambleas generales, que se convocan dos veces por quinquenio.

Aquella reunión fue presidida por Marcel Burry, ex decano de la Sorbona, e ilustrada por una disertación de Kurt von Fritz (München), en torno a "La posición de los estudios clásicos en nuestro tiempo", en la que rebatió con claridad y sabiduría los ataques de los que buscan ventajas materiales donde sólo cuadra buscar ciencia o belleza, y encarriló adecuadamente la cuestión al concluir que "debemos preguntarnos qué podemos apreciar de los antiguos griegos y romanos en vez de considerarlos meramente como objetos de curiosidad histórica".

La afiliación a la FIEC motivó nuestra presencia en una asamblea congregada en la Biblioteca Alberto I de Bruselas, donde adquirimos conciencia del quehacer científico de entidades que, en varios países, encaran el estudio de muy especiales aspectos de las disciplinas clásicas: la Association Internationale des Études Néo-Latines, la Association Internationale pour l'Étude de la Mosaïque Antique, la Association Internationale des Études Byzantines, la Unione Internazionale degli Istituti di Archeologia, Storia e Storia dell'Arte in Roma, la Société Internationale Fernand de Visscher pour l'Histoire des Droits de l'Antiquité, la Association Internationale d'Épigraphie Grecque et Latine, la Association Internationale de Papyrologues, la Organisation Internationale pour l'Étude des Langues Anciennes par Ordinateur, la Société Internationale de Bibliographie Classique y la Union Académique Internationale.

A consecuencia de sus postulados, la AADEC se obligó a estimular la convocatoria bienal de los simposios, proponiendo su realización, en lo posible, a una entidad oficial, a fin de acomodarlos en el acontecer cultural y educativo de la Nación. Esto permitió reunir el segundo, por cuenta de la Universidad Nacional de Córdoba, en el complejo turístico que ésta posee en el apacible retiro serrano de

Las Vaquerías, donde la epopeya constituyó el tema principal¹.

El tercero se inauguró en el Palacio de la Educación de Paraná, con el auspicio oficial de la provincia de Entre Ríos, cuya decisión se fundó en "que el temario establecido supone el desarrollo de un programa nacional para honrar a nuestro gran poeta y literato don Leopoldo Lugones, mentor de generaciones argentinas, y de un programa universal para vigorizar los estudios clásicos en nuestra patria con miras al reencuentro con las fuentes de nuestra cultura, que reconoce en Grecia y Roma sus raíces".

Siguió siendo abundante el flujo de interesados, entre quienes se contaba el profesor Vicente Cicalese, de la Universidad de la República (Montevideo), quien se ocupó de "José Tarnassi, el fundador de los estudios latinos en la Universidad de Buenos Aires".

La Universidad Nacional del Nordeste se encargó del cuarto en 1976, concentrado en dos aspectos fundamentales de la cultura clásica: "La tragedia en la Antigüedad" y "Vigencia de la cultura greco-latina en el mundo contemporáneo".

En 1978, por obra de la Universidad Nacional del Sur y en el eglógico entorno de la Sierra de la Ventana, se verificó el quinto, cuya temática versó sobre "El mito desde el punto de vista literario, filosófico, histórico, etc."; "Vigencia de la cultura greco-latina en la cultura occidental, particularmente la hispanoamericana" y "Las clases sociales en la constitución republicana de Roma". Como es habitual, la asistencia fue numerosa, incluso el profesor Manuel Fernández-Galiano, docente de la Universidad Autónoma de Madrid y presidente del patronato de la Fundación Pastor de Estudios Clásicos.

Siguiendo los impulsos de la AADEC, la Universidad Nacional de Mar del Plata convocó el sexto, cuyos temas fueron "Fundamentos históricos y jurídicos del mundo greco-romano", "Pensamiento y lenguaje de la Antigüedad", "Lírica y cultura en el desarrollo del mundo greco-romano". Una vez más resultó abundante la asistencia, entre la que se contó el profesor Martín Sánchez-Ruipérez, titular en la Universidad Complutense de Madrid.

Por decisión del plenario final de Mar del Plata se propuso como sede del séptimo a Buenos Aires y como propósito rendir homenaje en el bimilenario de su muerte a Virgilio y Tibulo. Se hizo cargo del compromiso la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad oficial, con generoso apoyo del CONICET y de la Intendencia Municipal. Quizás haya sido, hasta entonces, el más concurrido, y a él asistió el profesor Pierre Grimal, todavía, en ese momento, profesor de la Sorbona.

Un bienio más tarde se mancomunaron la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino y la Universidad Nacional de Tucumán para llevar a cabo el octavo, abarcador de una amplia temática sobre "Cosmovisión griega y

¹ Información más detallada, acerca de la serie de simposios, fue dada, con el título de "La presencia de los estudios clásicos en la Argentina durante las dos últimas décadas", en *Argos* 13-14 (1989-1990), 127-138.

cosmovisión latina. Enfoque histórico, político, social, literario, lingüístico, filosófico, psicológico, religioso, mitológico, jurídico, científico, etc. Su vigencia en el mundo actual". Nuevamente hubo muchos participantes, entre quienes se contaba el profesor Francisco Rodríguez Adrados, de la Universidad Complutense de Madrid.

En 1986 apadrinó el noveno la Facultad de Filosofía y Letras de la UCA, cuya propuesta abarcó "La cultura helenística: literatura, filosofía, religión, historia, arte y ciencia. Su expresión en el mundo romano y la tradición clásica". Se rindió homenaje a Propertius con motivo del bilingüismo de su muerte y entre la numerosa concurrencia se encontraban los profesores Giuseppina Grammatico (actualmente en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación de Santiago de Chile), Francisco Lisi y Carmen Codoñer (Universidad de Salamanca).

En 1988, a falta de una entidad de mayor jerarquía, se hizo cargo del décimo el Bachillerato Humanista de Salta, sobre la base de "El concepto del hombre en la Antigüedad clásica y su proyección en la historia".

Dos años después fue congregado el undécimo por la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, con el tema general de "El mundo antiguo clásico a partir de sus producciones culturales" y con la presencia de los profesores P. Fedeli (Bari), W. Kullmann (Freiburg), A. C. Romano (Monash, Australia), M. Rodríguez Pastor (Complutense, Madrid), L. A. García Moreno (Alcalá de Henares) y O. Réverdin (Ginebra), presidente de la laboriosa Fondation Hardt, de Vandoeuvres (Suiza).

La Universidad Nacional de Córdoba asumió la responsabilidad por segunda vez en 1992, para llevar a cabo el duodécimo, cuya temática fue "Horacio en su bilingüismo", "El mundo clásico en el mundo nuevo", "Hacia un mejor conocimiento del texto griego y latino", etc., y al que asistieron especialmente invitados E. Lefèvre (Freiburg), J. P. Sullivan (Sta. Bárbara), H. Cancik (Tübingen), P. Fedeli, G. Cipriani y G. Mastromarco (Bari), U. Papalardo (Napoli).

El decimotercero, último hasta ahora, corrió por cuenta de la Universidad Nacional de La Plata, en torno a la temática de "La ciudad antigua. *Polis-urbs* como conceptos vertebradores de la cultura clásica", y contó con la presencia de los profesores F. Rodríguez Adrados (Complutense, Madrid), J. Portulas (Barcelona), J. Lens Tuero (Granada), K. Galinsky (Austin, Texas), J. Stern (New York), D. Carlisky (Houston, Texas), E. Pagliarunga (Los Andes, Mérida), G. Alföldy (Heidelberg), P. Fedeli y G. Mastromarco (Bari) y A. Romano (Monash, Australia).

En los años impares suelen también celebrarse reuniones regionales o jornadas de apoyo a los estudios clásicos, lo que ha sucedido en Buenos Aires, La Plata, Mar del Plata, Bahía Blanca, Paraná, Concordia, Posadas, Rosario, Resistencia, El Colorado (Formosa), Córdoba, Catamarca, Mendoza y Tucumán. En dichos encuentros suele sumarse el aporte de afanosos estudiantes, incluso jovencitos de bachilleratos humanistas, quienes muestran contracción al trabajo y aptitud para comprender tanto la realidad lingüística de la Antigüedad clásica como su trasfondo cultural y espiritual.

La AADEC, mediante autoridades y asociados, no ha faltado a ninguno de los congresos internacionales convocados a partir de su incorporación a la FIEC: el de la Universidad Complutense (Madrid, 1974), el de la Academia de Ciencias de Hungría (Budapest, 1979), el del Trinity College (Dublin, 1984), el de la Universidad de Pisa (1989) y el de la Universidad de Laval (Québec, 1994).

Durante el simposio de Paraná, o sea el tercero, la AADEC acometió la difícil empresa de fundar *Argos*, su revista, que subsiste mediante denodados esfuerzos de sus encargados y el apoyo económico del CONICET y de la Unión Latina/UNESCO. Su distribución abarca diversos países y es medio de canje, de lo que resulta la recepción de otras revistas importantes que, por crónica penuria presupuestaria, no logran adquirir las instituciones educativas oficiales. *Argos* se vino a sumar así a dos revistas especializadas ya existentes: *Anales de Filología Clásica*, fundada por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1939) y *Revista de Estudios Clásicos*, creada por la facultad homónima de la Universidad Nacional de Cuyo (1950).

El resultado de los simposios se puede aquilatar en las actas de algunos de ellos que pudieron editarse: las del primero (Universidad Nacional de Cuyo, 1970), las del cuarto (Universidad Nacional del Nordeste, 1976), el quinto (Universidad Nacional del Sur, 1978), el séptimo (Universidad de Buenos Aires, 1982) y, en parte, el octavo (Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino y Universidad Nacional de Tucumán, 1984), publicaciones que han alcanzado distinto ámbito de nuestra Nación y bibliotecas e instituciones diversas de otros países, lo que ha mostrado en el exterior cómo se cultivan las disciplinas clásicas en este rincón final de América.

Algunos miembros o ex miembros de la AADEC han preparado ediciones de obras clásicas, como la *Alejandra* del poeta alejandrino Licofrón, por Lorenzo Mascialino (Leipzig, Teubner, 1964), y las *Elegías* de Propercio, por María T. Belfiore, en colaboración con el filólogo español Antonio Tovar (Barcelona, Alma Mater, 1963).

Asimismo se han realizado ediciones bilingües de obras como el *Misántropo* de Menandro, por Dora Carlisky; *Los sabuesos* de Sófocles, por Delia A. Deli, con la colaboración de J. A. Binaghi, Alicia M. Entel, Teresa E. Orecchia, Sofia Siostronek y Griselda Vignolo, y *Los suplicios* de Cicerón, por Aurelio R. Bujaldón.

Otros socios de la entidad han publicado versiones comentadas de obras griegas, como diversas tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides traducidas por María C. Griffiero; la *Geografía. Prolegómenos* de Estrabón, por Ignacio Granero; el *Critón* de Platón, por Luis Noussan-Letry, y *Las nubes* de Aristófanes, por Dora G. Scaramella. Entre las traducciones comentadas de las obras latinas se cuentan las *Odas completas* de Horacio y *La Eneida* de Virgilio, versión y notas, por Alfredo R. Meyer; *El soldado fanfarrón* de Plauto, por José A. N. Rasquin; *Los hermanos* de Terencio, por J. del Col, y *Canto y contrapunto pastoril*, por el suscripto.

Asociados de la AADEC han cumplido asimismo tareas de investigación y difusión, como, en el ámbito de la cultura griega, *Resonancias contemporáneas*

de prehistoria helénica, de Juan C. F. Wirth, *Origen histórico-religioso de la tragedia griega*, de María C. Griffero; en tanto que, en el marco de la romana, se pueden mencionar *La numeración latina y Tratamiento de la personalidad en el teatro de Plauto*, del suscripto; *Virgilio en el bimilenario de su muerte*, por Hugo F. Bauzá y colaboradores; *Dido y Eneas, polos de la concepción histórico-mítica* de Rubén Florio; *Raíces de Occidente*, en dos tomos (*La cultura griega y nosotros* y *La cultura romana y nosotros*), por Alfredo E. Fraschini, Jorge Mainero, Ana M. Mosqueda y Pablo Cavallero, y *Breve historia de la literatura latina*, de Alfredo Schroeder en colaboración con el suscripto.

En nuestro medio los estudios clásicos no son recientes. ¿Cómo podría ser así si hasta el nombre de la Nación, *Res Publica Argentina*, se nutre del más rancio abolengo románico? Pero en su historia cabe diferenciar entre disciplinas escolásticas y tareas de investigación, porque las primeras proceden de la época colonial, de acuerdo naturalmente con el flujo civilizador que trae la España descubridora y conquistadora, y continúan, después de 1810, con altibajos de intensidad, tanto en la enseñanza media como en la terciaria y en la universitaria, pero sin desaparecer nunca del todo.

En el ciclo secundario, el latín, eclipsado a fines del siglo pasado, resurge en 1948, y se junta con el griego en los bachilleratos humanistas modernos que, para oprobio de la enseñanza oficial, sólo el esfuerzo privado mantiene latientes. En la enseñanza superior es preciso recordar a José Tarnassi, fundador de los estudios latinos en la Universidad de Buenos Aires, a lo que se sumará más tarde la creación de los institutos de estudios clásicos en las universidades nacionales de Buenos Aires, La Plata, Córdoba y Cuyo.

La convocatoria de trece simposios, la constante y paciente actividad de la AADEC y la aparición, irregular pero insistente, de las ya varias revistas especializadas han proporcionado vías a los esfuerzos de los estudiosos, les han abierto los medios adecuados para publicar los frutos de sus afanes, contra viento y marea, a pesar de las habituales carencias de tiempo, de medios y de bibliografía, o al amparo de dedicaciones exclusivas o semiexclusivas desvirtuadas en su esencia y finalidad por la obligación de andar saltando de clase en clase, en sempiterna maratón que se renueva cuatrimestre tras cuatrimestre.

En tanto que los intereses creados y los arrebatos anticulturales buscan su achicamiento y aun su desaparición, la actividad científica se ha entregado a un esfuerzo de magnitud ecuménica, porque vive y lucha por todo el mundo civilizado, con manifestaciones constantes que desmienten toda decrepitud y todo silenciamiento.

Siempre que sufrieron ataques los estudios clásicos, la AADEC se jugó en defensa de sus fueros, y su lucha obstaculizó el cierre de carreras y el achicamiento de cursos.

El continuo esfuerzo y sus correspondientes logros han obtenido reconocimiento de nivel internacional. No obstante, los estudios greco-latinos deben mantenerse siempre en guardia contra sus detractores, que se reclutan entre estudiantes a quienes mueve la ley del menor esfuerzo, entre docentes perturbados por la afinidad y las relaciones de fuentes que no dominan, y entre ciudadanos que

no saben de qué se trata porque se expresan diariamente en latín sin darse cuenta, como, por ejemplo, ciertos legisladores que hace unos años lo tildaron de "idioma extranjero", sin darse cuenta de que no es idioma porque no se habla y de que no es extranjero porque constituye nada menos que la lengua madre, de la cual ellos mismos se han servido directamente al hablar de voto, congreso, ley, diputado, senado, decreto, dieta, cuarto intermedio, elecciones, moción, orden; es decir, su diccionario casi completo, sin olvidar que en la propia cámara, para sesionar, ¡es preciso que haya *quorum*!

¿Cuál es la finalidad y el provecho de los estudios clásicos? Que no desestimemos un pasado que ha modelado la cultura occidental y al que nuestro tiempo debe nada menos que sus especulaciones filosóficas, los principales géneros literarios y muchos de sus frutos, los conocimientos históricos y geográficos, el arte de escribir en prosa y verso, la organización política, las estructuras económicas y sociales, el derecho, la lengua de la medicina y las ciencias naturales, muchos hallazgos de éstas y muchos anticipos de la arquitectura, la ingeniería, la matemática y la navegación; la construcción de caminos y de puentes, la agricultura, la provisión de agua y el riego, la astronomía, la enseñanza, la caza y la pesca, el comercio y la administración, la física y la química, la gramática y la filología, la moneda y las finanzas, hasta el amor, la calefacción, la gimnasia y el cultivo de los jardines. Por si esto parece poco, agréguese que a una de las dos lenguas clásicas debemos la propia, con la que nos entendemos todos los días y fuimos adquiriendo desde la cuna, y las que trajeron de sus patrias los inmigrantes italianos, franceses, portugueses, rumanos.

Quien niegue la importancia de las letras clásicas en un país occidental y de oriundez latina debe dudar de su cultura general, porque ha olvidado que los más grandes artistas modernos de la palabra escrita han alimentado en los clásicos su inspiración y han usufructuado géneros, temas, ideas, actitudes, pensamientos, sentencias, escenas, personajes, desde el Renacimiento revelador de los tesoros del pasado greco-romano hasta los días que corren; desde Dante Alighieri, que practicó su catábasis de la mano de Virgilio, hasta Cervantes, que hace descender a Don Quijote, en la cueva de Montesinos, bajo la inspiración del astuto Ulises; desde Garcilaso de la Vega, creador de pastores que cantan como los de Teócrito y la Magna Grecia, los de Virgilio o los de Calpurnio Sículo hasta José Hernández, cuyo héroe compite con el Moreno en un contrapunto inventado por los pastores sicilianos que inmortalizó el poeta de Siracusa; desde Ronsard, que entona himnos a la manera de Píndaro, hasta nuestro Lugones, que, para memorar el centenario de Mayo, buscó el apoyo del *Carmen Saeculare* de Horacio; desde fray Luis de León a quien plugo el apacible retiro bajo el influjo horaciano, hasta Carl Orff, que renovó musicalmente los poemas de amor y odio de Catulo; desde Mommsen, el premio Nobel de 1902, que reconstruyó minuciosamente el pasado romano, hasta el novelista Thornton Wilder, que reanimó el drama de las *idus* de marzo; desde nuestro Juan Cruz Varela, que retomó la leyenda de Dido, hasta el poeta inglés V. Sackville-West, que fundó en Londres una asociación virgiliana; desde Wordsworth, Keats y Shelley, plenamente embebidos en la cultura clásica, hasta Rubén Darío, soñador de un mundo de mármoles, medallones, relieves y poemas

griegos y romanos; desde Corneille, Molière y Racine, ilustres deudores del teatro clásico, hasta Anouilh, Camus, Giraudoux, Sartre, O'Neill, que han hurgado en la misma fuente y hasta el cine que ha elaborado algunos de sus mejores éxitos haciendo revivir en la pantalla a Edipo, Medea, Ulises, Espartaco, Escipión el Africano y los monstruos decadentes del *Satiricón*.